

Cuento 2015

1er. Lugar

Obra: Mi abuelo era huasteco

Autor: Lidia Susana Martínez Valladares

Seudónimo: Teéneck

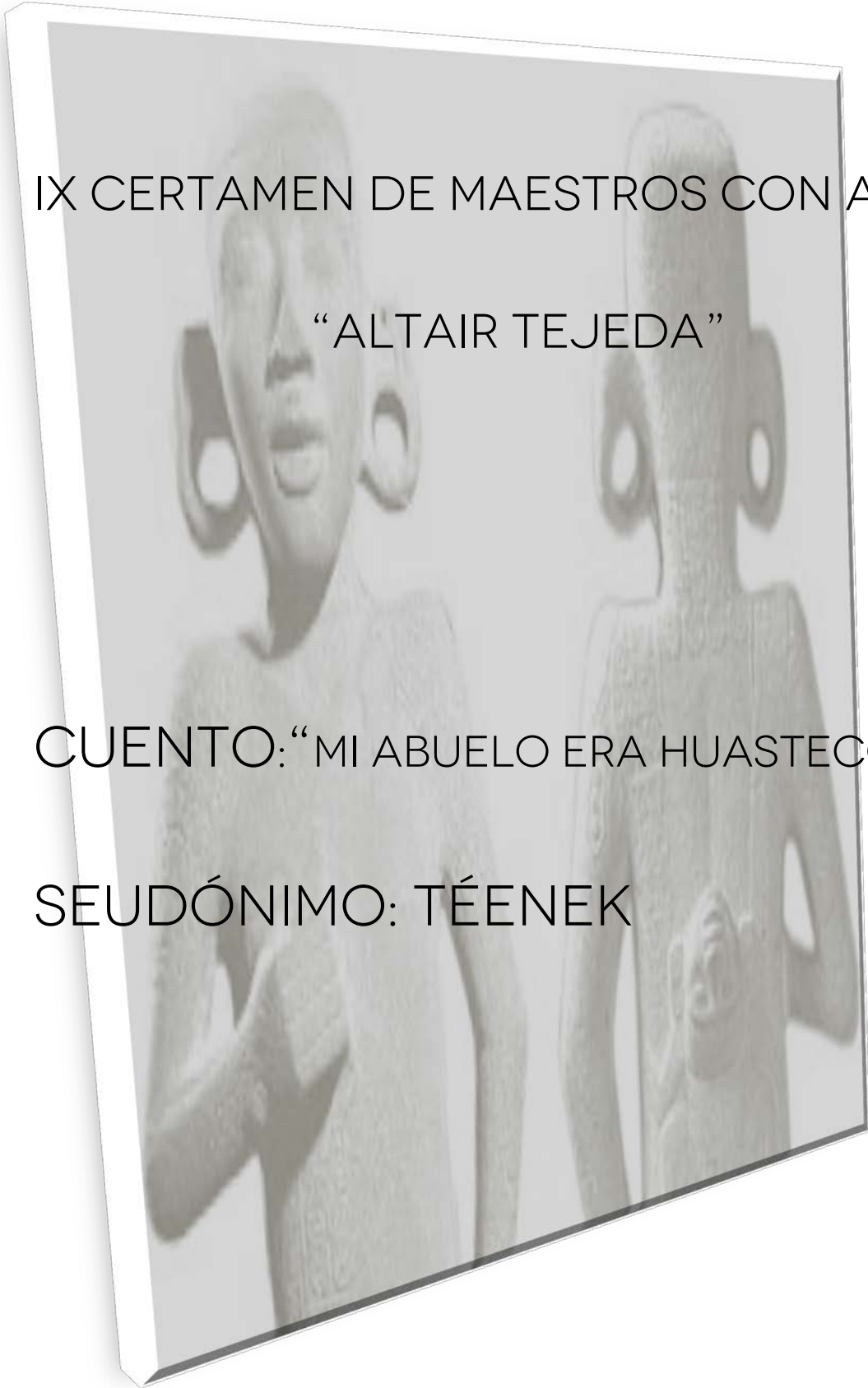
Municipio: Victoria

IX CERTAMEN DE MAESTROS CON ARTE

“ALTAIR TEJEDA”

CUENTO: “MI ABUELO ERA HUASTECO”

SEUDÓNIMO: TÉENEK



Un hombre permanecía quieto, recostado en su petate, era de noche y podían escucharse inmensidad de ruidos y cantos de los animales nocturnos; los grillos eran sus favoritos, pensaba todo lo que había vivido desde que era un chamaco; recordaba a su padre y cuando lo había enseñado a pescar en aquella laguna límpida y con un color lapislázuli que tanto amaba, luego su ceremonia de iniciación, la perforación de sus orejas y su primer tatuaje, símbolo de que ya era un hombre y podía tomar parte en las decisiones de su comunidad...así con ensoñación, se quedó dormido, procurando no olvidar jamás sus raíces y jurando encontrar la manera de que otros las conocieran y supieran ciertamente quiénes habían sido.

«¡Es preciso que encontremos la manera de que nuestra cultura y costumbres sean conocidos por nuestra gente que precederá a estas generaciones, sino todo estará perdido!». Así, urgentemente señalaba aquel viejo a su nieta, quien atentamente escuchaba y saboreaba palabra por palabra sentada en la vieja choza circular penetrada de ese olor a humareda que a muchos agrada y que se queda grabado en la piel como un tatuaje como los que el anciano tenía en su cuerpo, testigos de sus vivencias y correrías a través de los años.

«Abuelo, ¡tú eres un hechicero poderoso y sabio!, estoy segura que encontrarás la forma de ayudar a tu pueblo...y yo estaré presta para apoyarte en lo que sea necesario» decía, mientras el viejo rascaba su cabeza pensando y pensando y agregó: «ya lo veremos».

Mientras tanto, ya en nuestra época, parecía una mañana como cualquier otra, el viento soplaba suavemente moviendo las ramas de los árboles donde los pajarillos tenían sus nidos, el sol de abril calentaba tibiamente el ambiente, mientras unos pasos ágiles se aprontaban a la entrada de la escuela en aquella colonia; las señoras que despedían a sus hijos, se cuestionaban quién era y por qué llevaba tanta prisa, cuchicheando como era su costumbre.

El timbre sonó, quedando rápidamente el patio vacío y en silencio. En la dirección de la escuela a lo lejos se escuchaba una conversación: _ ¿de manera que usted viene a cubrir a la maestra jubilada?_ cuestionaba el maestro con interés y a la vez desconfianza, pues nunca antes había visto a esa mujer que hoy se presentaba ante sus ojos como nueva maestra _ si en efecto, vengo a cubrir el grupo de tercer grado_ comentó muy segura de sí, y con una leve sonrisa. El director se levanta inmediatamente y la lleva a él que será su salón para presentarla ante los niños, quienes por las ventanas miran atónitos y ansiosos a quien al parecer estaría con ellos gran parte del día.

Omar uno de los niños más inquietos se encontraba espiando en la puerta y al ver que venían los maestros corrió a su lugar para no ser sancionado. _Niños buenos días_ saludando al maestro a los pequeños_ les presento a quien será por un tiempo su nueva maestra, la señorita Mitla. Los pequeños observaban sigilosamente y con curiosidad a su maestra, quien tenía un aspecto muy gentil y una voz suave, pues no tendría ni treinta años, era alta y delgada, y su tez morena contrastaba con su larga cabellera como ébano.

Los niños estaban felices, pues ya habían tenido mucho tiempo sin una maestra que los atendiera a ellos solitos y sólo iban a cuidarlos y les llevaban trabajos sin sentido; _ ¿Cómo se sienten?, ¡me da mucho gusto ser su maestra!_ quiero decirles que conmigo van a aprender muchísimo de nuestro Estado de Tamaulipas_.

Una voz a lo lejos sin descubrirse del todo se quejó burlonamente _ ¡para lo que sirve la Historia, es aburrida!_.

Serena y si alterarse, la docente mirando fijamente a Vicente, que así se llamaba el niño, le comentó que con ella se divertirían y aprenderían a disfrutar de esta asignatura. _para prueba de ello_ les dijo ¡organizaremos una visita escolar al Museo Regional de Tamaulipas!, donde iremos acercándonos a la apasionante cultura de nuestro Estado y se adentrarán a la vida de los pueblos que nos antecedieron, en especial a los Huastecos.

Al paso de los días, los pequeños fueron tomando confianza a su nueva maestra y adaptándose a las nuevas actividades, planearon la visita al museo para un viernes y la única condición para asistir era mantener un comportamiento ejemplar y tratar de disfrutar y aprender.

Como todo plazo y fecha se cumple, esa mañana llegó puntualmente el camión a recoger a los niños, quienes entre gritos de emoción se subían y planeaban cómo pasarlo bien y no aburrirse.

Omar y Vicente se sentaron hasta el fondo, platicaban entre ellos cómo hacer travesuras para divertirse _ ¡yo no pienso aburrirme toda la mañana en ese museo,

que no es para niños, sino para ancianos!_ ¡a mí que me importa quienes estuvieron antes que nosotros!_ decía Omar, _hay que hacer planes para divertirnos_ incluyó Vicente. Daniela, una niña que tampoco era un ángel los escuchó y les aseguró que si ella no era incluida en el plan, la maestra Mitla se enteraría de todo, _ ¡está bien!_ asintieron los chicos no muy contentos de que una chismosa del grupo, les echara a perder la diversión.

La profesora pacientemente les explicaba en el trayecto el plan de trabajo que tendrían por la mañana, señalando que habría un momento para tomar el almuerzo, observaba por el rabillo del ojo a estos tres niños que secreteaban entre sí, sin decir una sola palabra, y ellos se sentían aliviados al creer que sus planes no eran descubiertos.

El camión llega al museo y como es costumbre, los niños bajaron ordenadamente del mismo para evitar accidentes, así, formados en dos filas por parejas, la maestra Mitla les explica: _ Nuestra visita será guiada con el apoyo del personal del museo, es muy importante estar atentos, ya que además veremos algunas proyecciones que facilitarán la comprensión y podremos alcanzar el objetivo de esta salida: reconocer nuestras raíces huastecas.

Casi al final del grupo, los tres niños que planeaban su propia diversión, entrecortadamente hablaban para sí: _ ¡No nos cabe duda que conoceremos mucho, pero a nuestra manera! _.

El recorrido comenzó de manera habitual, con la proyección en video de parte de la historia de Tamaulipas, y como la maestra se encontraba atendiendo al resto del

grupo, Omar, Vicente y Daniela aprovecharon para levantarse y empezar a recorrer las salas a su propio ritmo y antojo.

La naturaleza que rodeaba al museo, parecía contarse en secreto los planes de estos tres chamacos, quienes no imaginaban lo que sucedería; al ritmo del viento se movían las hojas etéreas que bailaban su danza mágica en un suelo donde el tiempo pareciera detenerse.

Dentro de una de las naves del museo, sin que los compinches se percataran, la maestra Mitla observaba sus movimientos ya calculados, y haciendo como que estaba muy ocupada, les dio oportunidad para que se alejaran del grupo intencionalmente.

Omar, Daniela y Vicente se hallaron frente a frente con el adolescente huasteco que engalanaba al museo con su cuerpo marcado con sus elaborados tatuajes y ellos pensaban en sí que el muchacho les sonreía y les invitaba a un mitote, fiesta huasteca en la que todos los habitantes se divertían y lo pasaban bien al ritmo de la música y baile.

oigan decía Omar y si nos acercáramos sólo un poco más a ver al muchacho, y tocarlo, quiero verlo bien_. En eso estaba, cuando Vicente por accidente lo empujó y Omar cayó por un lado de la escultura, _shhhh, nos van a cachar_ decía susurrando Daniela, _ ¡será mejor que nos vayamos! _ agregó Vicente, _porque... todavía no terminaba de hilar la frase, cuando se acercó a ellos la maestra Mitla silenciosa y con una cara que ellos no le conocían, se acercó sigilosa como una serpiente que reptaba hacia su presa, dispuesta a atacarlos sin piedad.

Los tres niños se quedaron atónitos, sin habla, no sabían que decir o hacer para que la maestra no les llamara la atención, o peor les reportara a sus padres su conducta inaceptable; sin embargo, pronto se dieron cuenta que eso sería lo mínimo que vivirían a causa de su osadía.

Mitla, quien aunque no dejaba de entrever a través de su mirada aquella bondad que los había cautivado, poco a poco los miró de una manera que ellos notaban extraña, pero aun así no tuvieron miedo, su mirada los fue atrapando poco a poco, y escuchaban a lo lejos _ ¿con qué quieren conocer de cerca la cultura huasteca eh?_, pues voy a complacerles_. Casi sin sentirlo, esa mirada los fue transportando como en una máquina del tiempo y de la mano a un mundo y época que no conocían, sintieron una brisa suave que los iba envolviendo lentamente en un remolino oloroso a albahaca y hierbabuena, hasta que sin apenas darse cuenta, se encontraron bruscamente bajo la sombra de grandes árboles y rodeados de ruidos y un ambiente totalmente desconocido para ellos.

_ ¿Dónde estamos, quien nos trajo acá, y el museo, y nuestros compañeros?_ inquiría Daniela en una cascada de preguntas que al parecer no tenían respuesta.

Esto debe ser una broma, o una parte desconocida del museo señalaba Omar, un tanto mortificado, _pero y si aún estamos en el museo, ¿qué son tantos ruidos, y lo que parece ser el sonido de un río? _ con desconfianza decía Vicente.

Afrontando sus temores a lo desconocido y venciendo el miedo a lo que sucedería, los niños querían una respuesta a sus cuestionamientos.

Sacudiéndose rápidamente y poniéndose ágilmente de pie, empezaron a caminar con recelo, dando un paso a la vez y evitando hacer ruido, aunque su propia ansiedad los hacía sentir pánico y ante cualquier ruido, aunque fuese de sus propios pasos les hacía entrar en un estado de alerta.

Entre las sombras de los frondosos gigantes verdes, que contaban sus propias historias, los niños se abrieron paso, hasta que, ya sin preocuparse por el resto del grupo y menos por su maestra escuchaban un lenguaje, para ellos extraño; con sigilo y desconfianza se acercan al lugar de donde provenían aquéllos ruidos, que sonaban alegres.

Omar, quien se creía el más valiente del trío, pausadamente camina, guiando a sus compañeros de aventura, a cada paso que daba, sus pequeños ojos cafés como almendras se abrían cada vez más del asombro; _¡no lo creo, esto no es verdad!_ Omar decía extasiado ante el panorama que se le presentaba.

Cada uno de sus pasos, los acercaba a un mundo que ellos no conocían, ante su mirada, una choza circular recubierta de lodo por las paredes y con un techo de paja, se rodeada de una exuberante vegetación; yacía sentada en un pequeño montículo que la separaba de lo que para ellos eran parajes salvajes y parecía darles la bienvenida.

_ ¡Esto es hermoso!_ exclamaba Daniela cautivada por la belleza que se asomaba, _Ya lo creo_ secundaba Vicente en su inocencia traviesa.

Un anciano se vislumbraba a la entrada de la choza, sentado, como esperando que alguien llegara; era como si tuviera una cita no concertada con esos tres chiquillos, el anciano masticaba lo que parecía ser jícama, un tubérculo ya cultivado en la huasteca y en la vertiente del atlántico además de calabacines, chiles, maíz, yuca entre otros alimentos, por lo que queda muy claro el por qué los mexicas nombraron a estas tierras como Tonacatlalpan o ciudad de la comida por la inmensa fertilidad de los terrenos que formaban parte de la huasteca.

Curiosamente, los niños en vez de tener miedo al hombre, se acercaron con la confianza que inspira un abuelo cariñoso y entendían perfectamente lo que el hombre les comunicaba con sus sabias palabras _Sean bienvenidos a mi humilde pajar, pero siéntense_ les decía con infinita paciencia el longevo cano.

Usted es... un huasteco real, balbuceando y sin atinar refería Omar abriendo sus manos como queriendo expresar toda la grandeza que sus palabras no podían abarcar. _Quisiste decir tal vez cuextécatl_ dijo el anciano; el niño se rascaba la cabeza, _o téenek como nos llamamos en nuestra propia lengua_; los niños lo miraban maravillado.

El hombre les seguía describiendo algunas otras cosas sobre su pueblo, mientras los niños observaban su camisa y calzón de manta y su inseparable morral de fibra o zapupe, indumentaria tradicional.

_ Yo pensaba que sólo eran una invención en la Historia que nos obligaban a estudiar en la escuela_, explicaba Vicente, a quien no le agradaba nada la referente a Tamaulipas por considerarla como algo que no servía en la vida y sólo le dificultaba

la existencia al tener que memorizar datos y fechas que luego de un examen olvidaba para siempre.

La tradición huasteca, que nace a partir de que grupos mayas emigraron hacia el golfo y por el Atlántico con destino al río Pánuco fue 2000 años a. C nada fácil al principio, pues tuvimos que mantener intensas luchas con grupos chichimecas del norte seriamente contaba el sabio octogenario con su rostro marcado por inmensos surcos que delataban su historia propia y a quien los chicos escuchaban con gran atención.

_ ¡Pero pasen! , deben tener hambre_ amablemente les invitó a pasar a su jacal, convidándoles calabacines con tortillas de maíz amarillo, eso sí, bien sazonadas con chile.

_ ¡se parecen a las que hace mi güelita para el lonche!_ le dijo Omar, quien a estas alturas ya se había hecho tan aficionado a la historia huasteca como el mejor tamaulipeco.

La maestra Mitla debió apreciar aquélla escena para entender la curiosidad de sus alumnos y reconsiderar la idea de que se trataba de muchachos muy traviosos.

Creo que están aquí por una razón importante dijo el hombre muy seguro de sí y bueno, pues quiero contribuir a que su visita sea de provecho_.

Como ya pardeaba la tarde, el sol con su magnífico arte daba pinceladas naturales que iban del naranja al rojo y un amarillo precioso que remarcaba los bordes de los

cerros cercanos, mientras el canto de los quetzales y el barullo de los periquitos, inundaba el ambiente vespertino.

¡Tienen que quedarse esta noche, ya mañana veremos! el abuelo dijo con un toque de autoridad y al mismo tiempo ternura, los niños asintieron mansamente, como si existiera entre ellos lazos fraternos entrañables.

La noche pasó como un ensueño, a los chiquillos no parecía afectarles el tiempo fuera de casa, ellos vivían con ansias esa loca aventura por conocer el arte y la cultura de su Estado, que nunca pensaron les interesaría; después de comer algo ligero, los niños recorrieron con el viejo lugares maravillosos, el dulce río que lo proveía de agua y peces, el monte zarpeado por los cerros y llegado el momento les mostró lo que para él significaba lo más valioso e importante en su vida: sus dioses.

Los niños se quedaron boquiabiertos ante los que miraban, ni más ni menos que algunas de las esculturas muy semejantes a las que apreciaban en el museo y torpemente no apreciaban. _para los huastecos, la lluvia, el sol y el viento son de vital importancia, traen lo bueno, ayudan en la siembra_ asentaba el abuelo; no cabe duda que se refería a Xilonen, Tonatiuh y Ehécatl, _ sin embargo, miren_, decía el longevo hombre indicando hacia una estatua de lo que parecía ser una mujer amorosa, _ ¡ella es nuestra madre!_ revelaba, _ la diosa que permite que todo florezca y que los campos de maíz y calabazas se alegren; cuán importante resultaba esa piedra para el ancianito y los niños no le dieron importancia cuando la tuvieron enfrente, ¡qué falta de respeto a su cultura y creencias!

Andando y andando, los tres pequeños con el abuelito, al que ya casi sentían de su familia, llegaron a una hermosa playa con suave arena y un olor incomparable, mezclado con el sonido de las olas rompiendo en la orilla; inconscientemente sentían en el fondo de su corazón que ya no lo volverían a ver y percibieron no sólo pena en su alma, sino también vergüenza de sí mismos por todo lo que habían provocado al no considerar la historia y arte de su Estado.

Su aventura había culminado, la lección estaba aprendida, pero no sólo la que la maestra Mitla había querido, sino que fueron más allá; hubo un aprendizaje para la vida.

Caminando por la orilla del mar, en silencio, se reconciliaron con ellos mismos y a la vez con el abuelo huasteco, sin decir nada, le dieron un fuerte abrazo, con la esperanza de escuchar y sentir sus latidos... _pero, ¿qué esperan? _les dijo, _ ¿no van a disfrutar el agua?_, y los tres chicos hasta entonces traviesos corrieron a revolcarse entre la arena humedecida por la fresca brisa y sintieron el agua tibia con su espuma exquisita...

_ ¡Niños, despierten!_ decía la maestra Mitla muy apurada y preocupada a la vez moviéndolos de sus hombros _ ¿qué sucede, por qué se quedaron dormidos? , la visita al museo terminó, se perdieron todo el recorrido.

Vicente, Omar y Daniela se miraron unos a otros con complicidad y sonriendo felices, pensando en sí mismos que no importaba si lo que vivieron fue sueño o realidad, ellos habían aprendido a valorar las cosas y a las personas, por su verdadero

significado; Mitla de reajo los observaba y dijo quedamente _ ¡misión cumplida
abuelo, misión cumplida!_.

FIN